

LA ESCRITURA CREATIVA DURANTE LA ADOLESCENCIA: EL CICLO DE ARTE JOVEN “OÍDOS ATURDIDOS POR PALABRAS JÓVENES” Y EL TALLER LITERARIO “FRANKENSTEIN”

María Victoria Urquiza

Universidad Nacional de Cuyo - Consejo Nacional de
Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina
marivurquiza@hotmail.com

Ivana Amarilis Carrizo Peñas

Universidad Nacional de Cuyo, Argentina
amariliscarrizo@hotmail.com

Recibido: 06/07/2018. Aceptado: 23/09/2018.

Resumen

La enseñanza de la Literatura debe implicar la escritura como práctica habitual. Comprender la importancia de la producción dentro del aula reveló la necesidad de abrir espacios donde la escritura creativa encontrara su cauce. En este trabajo, narramos la experiencia de dos fenómenos vinculados con la creación artística: el Ciclo de Arte Joven “Oídos aturdidos por palabras jóvenes” y el taller “Frankenstein”. Ambos fueron espacios para adolescentes en los que primó la horizontalidad y el protagonismo de los jóvenes.

Palabras clave: Literatura - Taller de escritura - Ciclo de Arte Joven - Adolescencia

CREATIVE WRITING DURING ADOLESCENCE: THE YOUNG ART CYCLE “OÍDOS ATURDIDOS POR PALABRAS JÓVENES” AND THE “FRANKENSTEIN” WORKSHOP

Abstract

The teaching of Literature necessarily implies writing as a habit. Understanding the importance of production in the classroom led us to discover the need to open spaces where creative writing found its way. In this paper, we narrate the experience of two phenomena linked to artistic creation: the Young Art Cycle “Oídos aturdidos por palabras jóvenes” and the “Frankenstein” Workshop. Both were spaces for teenagers in which the horizontality and prominence of the Young people prevailed.

Keywords: Literature - Creative Writing Workshop - Young Art Cycle - Adolescence

Nuestra experiencia docente en la educación media. La escritura con adolescentes

En nuestras clases de literatura son habituales el ingreso a los mundos ficcionales¹, la lectura, la vinculación de la literatura con otras artes, pero esencialmente se estructuran sobre tres elementos: la lectura en voz alta, la conversación y la escritura².

Desligar la lectura de la escritura nos resulta, en cierto modo, empobrecedor, puesto que cada una supone a la otra. Cuando escribimos en el aula enriquecemos la lectura y a la vez la lectura nos aporta miradas, temas, técnicas de escritura para decir-nos. No pretendemos que todos los alumnos sean escritores (tengan ese oficio), pero sí buscamos, entre otras cosas, revelar desde la *praxis* misma los mecanismos de construcción de los textos que permiten valorarlos *a posteriori*.

La escritura, entonces, no ocupa un lugar marginal en la clase de literatura, no es mero recreo o relleno vacío y fácil. La escritura es parte central del aprendizaje literario porque da espacio a nuestras voces y porque permite ejercitar y entrenar nuestra creatividad, ser conscientes de nuestros lugares comunes y, sobre todo, adueñarnos de los recursos y comprenderlos desde dentro. Es lo que Sergio Frugoni (2006) llama “la escritura epistemológica”, que consiste en conocer la lengua y la literatura desde la práctica misma. Por ejemplo: escribir desde la perspectiva de un objeto (objetivismo), hacer cambios de narrador y focalización, construir un relato desde el monólogo interior y numerosas posibilidades que se incorporan mejor cuando, además de identificar estos recursos en los textos, nos los apropiamos para escribir y lograr comunicar de la mejor manera posible.

¹ El ingreso al mundo ficcional es un procedimiento que se realiza en la materia Literatura para niños, jóvenes y adultos de la Facultad de Educación, Universidad Nacional de Cuyo, y que se encuentra debidamente fundamentado en los documentos de cátedra desarrollados por la Cecilia Tejón (2016).

² La conversación y la lectura en voz alta son ampliamente desarrollados por Chambers (2007a y 2007b: 75-87).

El trabajo con la lectura en voz alta, la conversación literaria y la práctica de la escritura de invención contribuyen al mejor funcionamiento del grupo de estudiantes, lo que a su vez coadyuva a conformar un encuadre óptimo para el aprendizaje literario. Esta retroalimentación actividad-encuadre funciona porque la exploración a través de la propia escritura es una herramienta fundamental para conocernos, para conocer al otro, a quien tenemos enfrente, y ayudarlo en su proceso de autodescubrimiento también. La literatura escudriña el espíritu humano, quien escribe plasma la vida particular aunque esto no quede evidenciado en el texto. Si eso es así, entonces, hay que partir de la creación de un lazo con el otro para que las experiencias de vida sumen y enriquezcan las lecturas. Todas aquellas actividades que sirven para descubrirse ayudan a escribir mejor y entenderse como grupo. La escritura se vuelve cercana y ayuda a poner en palabras sentimientos que no podían ser identificados. La enseñanza de la literatura y de la escritura desvinculada del propio individuo dejan de lado las ganas de “apasionarse”. Mientras que generar empatía propicia una lectura más profunda y respetuosa que acepta lo que el otro, que también me conoce, tiene para darme.

Las clases de literatura tanto como los talleres no son espacios de improvisación “solo sostenidos por el carisma del coordinador” (Frugoni, 2006: 34). La propuesta se sustenta a partir de una actividad pautada y planeada minuciosamente en la que la consigna de escritura es el centro de la cuestión. Gloria Pampillo (citada por Frugoni, 2006: 29-30), que integró el grupo Grafein y que llevó a cabo talleres de escritura en la escuela, explica que la propuesta de escritura se presenta como una incitación a realizar un trabajo productivo centrado en un aspecto de la lengua o en alguno de los procedimientos o materiales que constituyen el texto literario. El secreto para la concreción de la escritura está en gran parte en la formulación de la consigna. Esta debe ser valla y trampolín, y presentar un problema que el escritor tiene que resolver como un problema de ingenio, dice Sergio Frugoni. Para ello, hay que acudir a la imaginación, a los conocimientos literarios y a saberes que no solo tienen que ver con lo aprendido en la escuela, sino con conocimientos culturales más amplios,

extraescolares. Cuando lo extraescolar se abre paso en la escuela, tiene lugar más allá del recreo y toma cuerpo, resulta satisfactorio para los estudiantes.

A medida que sucede el tiempo y se suman lecturas, exploraciones y trabajos de escritura, el desafío es salir, de manera paulatina, de lo meramente catártico (tan necesario, de todas maneras, para los adolescentes) y abrir camino a la ficción, a la ficcionalización, que (aunque en el fondo siempre hable de nosotros) implica transitar caminos más osados y complejos.

El Ciclo de Arte Joven “Oídos aturdidos por palabras jóvenes”

Cuarto año de literatura, apatía y falta de interés de los chicos en las clases, horario de la siesta, conversación en el recreo: queja. “El colegio no nos da lugar para expresarnos, es siempre lo mismo.” Quinto año, apatía, conversación en el recreo: idéntica queja.

Así el discurso sobre el rol de la escuela en cuanto a los espacios creativos se sostiene desde dos ejes: la falta de libertad y la sensación de coartar los incipientes intentos. A lo mejor es solo una excusa; cualquier propuesta que venga desde la institución será desestimada. También persiste la idea de que la creatividad y, en este caso, la escritura creativa son espacios de “no hacer nada”, de hora libre. Pero ahí están los adolescentes, con ganas de decir, de que se los saque del papel de eterno sujeto del aprendizaje y se le dé lugar a lo que su voz tiene para expresar. No tenemos la intención de criticar los métodos de enseñanza ni las políticas educativas que silencian constantemente la voz de los protagonistas ya sea adultos o jóvenes, pero sí recalcar que esta fue la veta que nos permitió, como docentes, ver y escuchar la necesidad de los chicos y chicas.

De allí nació el Ciclo de Arte Joven “Oídos aturdidos por palabras jóvenes”. Era el mes de agosto, después de la vuelta de las vacaciones, el taller de escritura creativa

dictado en un quinto año iba siguiendo su curso habitual. ¿Pero qué es la producción si no tiene la posibilidad de la recepción?

Había que pensar que la escritura necesitaba seguir su cauce natural, ¿qué artista que se jacte de serlo puede llamarse como tal si su obra no llega al público? Contarles a los chicos sobre los recitales de poesía y música, como el Ciclo “PAN, la primera necesidad”, y verlos entusiasmarse con la propuesta fue inmediato. Rápidamente se formaron diferentes comisiones: hubo quien se encargó del diseño del *flyer*, quien se animó a difundir la noticia en los demás cursos, quien propuso recomendarlo en tal o cual lugar. Siguió la búsqueda de un nombre para el ciclo y de un lugar que nos brindara espacio sin el normal intercambio monetario.

Ambas cosas se solucionaron con mucha naturalidad. “Oídos aturridos por palabras jóvenes” fue el nombre escogido. El lugar fue el mítico Vararte, Bar cultural ubicado a metros de la plaza Independencia, en la capital mendocina. Paula Ledaca tuvo la apertura necesaria para acogernos. El horario escogido fue de 18:00 a 20:00, de un día sábado. La fecha, un 3 de octubre. El lugar contaba con sonido propio y con la posibilidad de ocupar algunas de las paredes para exponer.

La ansiedad aumentaba y los efectos comenzaron a notarse: interés creciente en que los textos fueran compartidos en la instancia de taller, devoluciones reales, ahora con el foco puesto en la lectura en voz alta, trabajo de autocorrección y de corrección grupal, recomendaciones para la selección de las narraciones o poemas. Un interés que ahora era genuino, y que los llevaba a experimentar la cocina de la escritura y el trabajo del autor en cada texto.

Pronto surgió la idea de invitar a otros artistas: la convocatoria se abrió a músicos, intérpretes, compositores, artistas plásticos. La voz se corrió por el colegio y el centro de estudiantes colaboró con la publicidad.

Nadie sabía el alcance que el ciclo iba a tener. Ese sábado nos juntamos media hora antes en la puerta de Vararte. Ejercicios de vocalización y de respiración fueron

realizados con el espíritu de recordarles que habíamos trascendido la mera muestra escolar y estábamos brindando un espectáculo.

La hora se acercaba, poco a poco. Grupos de chicos de distintos lugares fueron llegando. Para nuestra sorpresa, no había adultos entre el público, salvo algunos colegas que se acercaron a compartir la tarde. Se inauguraba así un espacio de adolescentes para adolescentes. Todo lo que sucedió en esa tarde fue magia; el convivio fue real; el respeto, el silencio y los aplausos fueron genuinos.

Frente a esta situación, Paula nos propuso mantener el ciclo ahí, al principio cada quince días, tiempo que no permitía la sorpresa ni la espera ansiada. Entonces, la decisión fue mantenerlo una vez por mes: el primer año, el primer sábado de cada mes; el segundo año de desarrollo del ciclo, el último.

Durante todo el tiempo transcurrido pasaron artistas visuales que hoy se encuentran exponiendo sus trabajos en diferentes galerías de arte, músicos en plena construcción de sus carreras, poetas que formaron nuevos lugares o que ya están siendo editados. El ciclo ha funcionado como un semillero. La horizontalidad como clave y la constante retroalimentación caracterizan al espacio como un lugar de pertenencia que se construye entre todos y que deviene otro, de acuerdo a las necesidades de los actantes. En rizomática vinculación, en clave deleuzeana, el agenciamiento de las ideas y de los rituales transformaron al ciclo en un verdadero encuentro.

Sin autoridad, sin imposiciones salvo la del tiempo, el respeto y la fe en el arte como herramienta para cambiar el mundo se instalaron como premisas. Los sucesos históricos y sociales (pensemos en el 24 de marzo, en el “Ni una menos”), los sucesos personales (viajes de algunos de los miembros, pérdidas, aniversarios, egresos o ingresos), los sucesos colectivos (aniversario del ciclo, invitaciones a participar en otros eventos) dieron lugar a la conciencia artística: búsqueda de temáticas y de nuevas formas para nuevos mensajes. Esto se evidencia en la inclusión, cada vez más frecuente, de textos que son

preparados exclusivamente para el ciclo, de textos que son corregidos, pensados ahora para su exposición, en textos que conversan entre sí. Llama la atención, también, la vinculación interdisciplinaria en la que un poema encuentra su música; una música, su letra; y un dibujo, su palabra.

Las temáticas trascienden el universo adolescente para ingresar en el campo de lo universal. Los lectores, aferrados en un primer momento a sus libretitas o a sus celulares, fueron despegándose, ciclo a ciclo, hasta recitar sin micrófono, de memoria, incorporando en algunos casos el cuerpo. Las últimas lecturas mutaron a *performance*: el desafío supone, entonces, la superación de ciertas barreras propias y el encuentro de la expresión mediante el uso de distintas herramientas.

A principios de 2018, nos enteramos del cierre del querido Vararte. Participamos de la variedad de despedida. La intervención de los chicos fue pensada a partir de lo que había significado el ciclo. Dispuestos en diferentes mesas, de a uno, fueron leyendo para luego subir al escenario y en grupo realizar la lectura del cadáver exquisito concebido para la ocasión. Sus textos giraban en torno a la función del arte y a la posibilidad de dejar caer la máscara; sus textos hablaban de lo auténtico, de la libertad, de la necesidad de lugares como ese.

Finalmente, durante nuestro tercer año, debido al cierre del lugar y la falta de espacios culturales en la provincia, atravesamos un fenómeno de transformación. Actualmente, con dos fechas realizadas en un nuevo centro cultural, "El espacio", hemos visto al ciclo devenir y transformarse, volverse íntimo, vaciarse, no volver a llenarse, cobrar un carácter intimista, pero nunca dejar de existir.

Taller literario "Frankenstein"

El taller Frankenstein surge a pedido de los alumnos de los talleres de escritura del secundario y de los participantes del Ciclo de Arte Joven. Así como en un principio, el ciclo nace con el objetivo de salir del aula para

mostrar la tarea creativa realizada, el taller vuelve puertas adentro el quehacer para conocer más textos, explorar consignas y problemas de escritura, corregir y, en gran medida, compartir con otros la misma vocación y gusto predilecto. Los participantes escriben o desean fervientemente poder hacerlo y están ávidos de temáticas, técnicas, herramientas para seguir escribiendo. En el taller continuamos el mismo camino que en la clase de literatura, pero exclusivamente nos abocamos a leer, explorar el texto y escribir a partir de una consigna. El taller se estructuró en seis encuentros puntuales en los que a partir de una actividad se proponía una consigna de escritura. Existieron otros encuentros de corrección y algunos fueron meramente literario-sociales. Los encuentros planeados fueron:

Encuentro 1: El banquete. La literatura como revelación: En este encuentro se les pidió a los integrantes que llevaran citas o mostraran sus lecturas preferidas. A partir de esa actividad se les pidió que realizaran una escritura de presentación.

Encuentro 2. Tentativa de agotar una esquina mendocina. A partir de la explicación sobre el objetivismo francés y sus exponentes, nos ubicamos en un café de una esquina del centro mendocino y cada uno, desde su perspectiva, fue escribiendo sobre lo que veía.

Encuentro 3. Diálogo con el síntoma. A partir del síntoma de alguna dolencia o enfermedad escribieron registrando cada detalle del síntoma en diálogo con el mismo o personificándolo.

Encuentro 4. Poema del metro. Consigna del famoso OULIPO. La actividad consistía en viajar en Metrotranvía, producir ideas de escritura mientras el metro estaba en movimiento y solo escribir cuando se detenía.

Encuentro 5. Tarot literario. A partir de la explicación del Tarot y la observación de las cartas se generaron ideas. Luego se repartió aleatoriamente una carta a cada participante, que debía escribir inspirándose en la imagen.

Encuentro 6. Simulacro de despedida. Despedida del taller y diálogo sobre las posibilidades de otras consignas y

otros encuentros.

En el trabajo con adolescentes no se puede obviar que la avidez de escritura se corresponde, o no es otra cosa, que avidez de vida, deseo de conocer el mundo, de vivir nuevas experiencias y de nombrarlo. Salir a tomar un café y registrarlo, andar en metrotranvía, conocer el Tarot, manipular sus cartas, escuchar un piano, son algunas de los trampolines de la escritura. Y la escritura, justamente, nos permite, como decía Adolfo Bioy Casares, agregar un cuarto a la casa de la vida ya que es otra manera de recorrerla intensamente. Además, la escritura de los adolescentes –y seguramente en toda etapa vital– es una poderosa herramienta de autoconocimiento y resguardo. Esta afirmación, en apariencia fácil u obvia, es clave. En un mundo en el que transitamos apabullados de imágenes, de palabras y de ideas ajenas, es emancipador volver a la propia voz, al surgimiento mismo de esa voz y de la mirada personal; leer y leerse con los demás para evaluar qué tan propias son nuestras ideas y las formas de plasmarlas, o en qué medida son dadas y responden a nuestros clichés. Esta actividad revela una identidad que siempre está en construcción. La escritura es andamio y defensa frente a la opresión.

Bibliografía

Chambers, Aiden (2007a). *Dime. Los niños, la lectura y la conversación*. México: Fondo de Cultura Económica.

Chambers, Aiden (2007b). *El ambiente de lectura*. México: Fondo de Cultura Económica.

Frugoni, Sergio (2006). *Imaginación y escritura. La enseñanza de la escritura en la escuela*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Tejón, Cecilia (2016). “La clase de literatura con textos literarios”. Material de apoyo. Mendoza: Facultad de Educación, Universidad Nacional de Cuyo, inédito.